

**“EL JOVEN
GENEROSO”**

Argumento Interesante, Moral,


Sensacional y Chispeante

Complejo y expreso para Film

EMILIO HERNANDEZ

IMPRESA VILA MOREL
SANTIAGO, R. D.




**Biblioteca
Nacional**
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS



Carlos Larrazabal Blanco

COLECCION



458

“El Joven Generoso”

Argumento Interesante, Moral,
Sensacional y Chispeante:-
Complejo y expreso para Film.

Por EMILIO HERNANDEZ

32870-10

Imr. 2016/YL



C E R T I F I C O

que la novela "EL JOVEN GENEROSO" ha sido inscrita en el Registro Público de la Propiedad Artística y Literaria bajo el número 142, folios 10 y 11, en fecha siete de Abril de 1942, cuyo autor y propietario es el señor Emilio Hernández, portador de la Cédula Personal de Identidad No. 417, Serie 48.

ALEJANDRO A. COEN
Oficial Mayor de la Secretaría
de Estado de Educación Pública
y Bellas Artes.

Ciudad Trujillo, D. S. D.
7 de Abril de 1942.

"El Joven Generoso".....

Sublime Argumento de amor,
traición, venganza y triunfo.

Carlo Larrazabal B.
Stud. gen.

32870 *Di B*



BA
RD 262.42
#5574

“El Joven Generoso”

Grandiosa Novela expresada para Film

Editor

016260



Derechos Reservados

“El Joven Generoso”

Novela: Descriptora de la vida
del Artista:

AURELIANO MELLA

En el año 1922

PROLOGO

definitivo de la primera edición

UO Emilio Hernández, autor de este humilde libro, agité mi pluma para escribir con elocuencia el himno inmortal de mi victoria contra las olas idiotas que tantas veces intentaron ahogarme pero como escritor dotado por la naturaleza que nací para enseñar y no pertenecer a escuela alguna he querido revelar-me en éste mi preliminar libro, y, por fin pude, gracias a la afirmación de mi personalidad literaria, a mi genuino estilo, tan combatido por los que ignoran que el estilo es un don personal, al cual es imposible renunciar para impedir el impulso de los mediocres y semiletrados egoistas cuya ídole no le permite entender ni interpretar lo que es el derecho innato e incontrovertible de la eternidad sublime del Arte;

por tanto, querido lector; éste mi humilde libro en que fijas, tu atención; no es un extracto técnico que, a impulso de erudición alguna he escrito sino, apoyado sobre el derecho legítimo que con razón me inspira a no negarlo por ser hijo de mi entendimiento; aunque pudiera pasar por su padrastro ya que tan avellanado y desnudo me ha salido pero como buen padre antes juzgo por preciosuras y bellezas sus faltas; y, bien dispuesto salgo por vez primera con todos mis años a cuesta, con mi única esperanza de qué, al desentumirse desarrolle algunas de las distintas gracias que suceden en muchos casos a los pobres de aspecto y mal cultivados; y, por tal razón; no quiero suplicarte lector amable, que disimules las faltas que en éste mi hijo vieres pues, tu crítica le será motivo infalible de mayores adelantos en la sociedad literaria; ya que su condición caracteriza, la más heroica y sentimental historia del momento actual en que vivimos.

Emilio Hernández

“EL JOVEN GENEROSO”

Argumento Sentimental

expreso para Film

por: *Emilio Hernández*

PRIMERA PARTE

EN el año mil novecientos veinte y dos, tuve el honor de conocer un mozalbete nombrado Aureliano Mella, nativo de la ciudad, Santiago de los Caballeros; El cual, era huérfano de padre, cuyo garbo caracterizaba el circunspecto donaire de su genuino temperamento personal.

Este joven, trabajaba en una casa de comercio como tenedor de libros; y, con su salario sustentaba a su madre, pero sucedió que ésta casa quebró y desde luego; Aureliano quedó sin trabajo, y, un día

que no tenía ni un centavo, intentó vender una preciosa pluma que tenía de uso para comprarle alimentos a su madre; y, dirigiéndose a un amigo suyo el cual, vivía a cinco kilometros en la carretera Duarte; abrevió sus pasos de tal modo que una hora mas tarde llegó a la casa de su amigo, allí tocó a la puerta, y, al momento apareció ante él, una gran señora la cual, le dijo: Qué desea joven? Aureliano — Saludar a mi amigo su hijo. La Señora - Gracias; siento, que por ahora no está. Aureliano se despidió ya casi sin esperanza, sus lentos pasos denotaban la tristeza de su alma; y, a penas había recorrido dos kilómetros cuando pasó por su lado el carro de un Mercader de su mismo pueblo el cual venía de Santo Domingo; y, tan pronto se alejó como doscientos metros descendió sobre el un roble corpulento y carcomioso que estaba a doce pasos de la aludida carretera, dejando al conductor en sueño eterno de la muerte, y al Mercader casi al igual; en vista de lo cual Aureliano se apresuró a socorrer al Mercader y a su conductor; y, habiendo llegado hasta ellos los juzgó por muertos; el repleto maletín del Mercader, estaba hendido, y, todo el dinero que contenía ya estaba en el piso del aplastado carro. Sin embargo; Aureliano tuvo ocasión de cambiar su situación pero como era tan generoso, antes juzgó aquella fortuna por posibilidad inferior; y se

quedó custodiando aquellos hombres y su carro, sobre todo;

Sentía la muerte de ellos, y luego, poniendo su oído sobre el pecho del Mercader, entendió que aun vivía pero, al examinar al conductor comprendió que estaba muerto; volvió hacia el Mercader, queriendo alentarle su existencia, buscó el botiquín del carro, sacó una botella que contenía alcohol; y, dióle a oler, el Mercader exaló un suspiro pero como estaba más muerto que vivo siguió en su letargo; en aquel momento; llegó allí otro carro el cual iba para Moca, Aureliano se dirigió al conductor; y, con tono imperativo le dijo: vaya a la comisaría y comuniqué esta desgracia, éste revolvió su carro y a poco llegó a la comisaría, e inmediatamente dió el aviso.

El Comisario y demás autoridades salieron en seguida hacia aquel lugar donde llegaron a poco; y, habiendo verificado el caso, encaróse con Aureliano, y, secamente le dijo: ¿Cómo tuvo lugar este accidente? Aureliano — Sencillamente señor Comisario; pues, este carro pasó por mi lado, y, cuando se adelantó como a doscientos metros ví, descender sobre él ésta gigantesca mata de roble; abrevié mis pasos, y, tan pronto llegué, noté que ambos señores estaban por muertos; sin embargo, quise socorrerlos pero todo fué inútil. El Comisario—¿De manera que todo ese dineral lo traían ellos?

Aureliano—Naturalmente; el Comisario fijó su aguda vista en el rostro de Aureliano, como quien estudia algo; y, Aureliano agregó: le mandé el aviso para que se haga cargo de ellos. El Comisario ¡Ajá!.. Entretanto: el Mercader volvió en sí, y, el Comisario, pensando en que éste no tenía vida, aprovechándose de la ocasión, Señor le dijo: De donde venían ustedes? El Mercader — Venía, veníamos de, de Santo Domingo. El Comisario—Cómo ha sido este caso? El Mercader — Cosas de la vida; pues, mi conductor y yo, veníamos a paso prudente, pero dió la casualidad que al pasar por aquí sin saber cuando, creo que nos cayó este árbol encima: sobretodo; le estimaría, decirme, quién fué el primero que llegó aquí? El Comisario movió la cabeza, y, señalando a Aureliano le contestó diciendo: éste Joven señor. El Mercader miró a Aureliano de arriba a abajo, y luego dijo: Hacía ratos que usted estaba a mi lado? Aureliano—Sí, señor; ví, cuando descendió ese árbol sobre su carro; acudí a socorrerlos, más hice diligencias para salvarlos. El Mercader permaneció un rato en silencio y, luego al Comisario le dijo: tenga la bondad de mandar a recoger ese dinero. El Comisario ordenó a un Policía a recoger el dinero; éste lo recojió y, el Mercader le dijo: ahora, cuéntelo. El Policía miró al Comisario para saber si concede esta demanda. Y, éste, muy gentil, inclinó grave-

mente la cabeza; y, Aureliano con los brazos cruzados revelaba la eterna libertad de su conciencia. El Policía contó el dinero y mas tarde al Mercader le dijo: catorce mil dólares Señor. El Mercader—Exactamente, exactamente. El Comisario se sonrió y dándole la diestra a Aureliano, mirando los demás oficiales exclamó. Cuán Generoso es éste Joven!... Su bizarría, me sugiere la más justa simpatía. Aureliano—Gracias; igualmente. Por otra parte; El Comisario le ordenó a sus agentes que entraran al Mercader en su carro; y, luego dirigiéndose a Aureliano le dijo: Desea usted ir en nuestra compañía? Aureliano... Se lo agradezco; pué, ya es tarde, y tengo que ir a atender a mi obligaciones.

El Comisario abrió la puerta del carro para que Aureliano entrara, luego entraron otros oficiales, y arrancaron hacia la ciudad donde llegaron a poco, y luego al Hospital. Allí desmontaron al Mercader y de otro carro a su ex conductor y los condujeron al interior del aludido Hospital y fueron examinados por médicos competentes cuyos diagnosis expresaban la muerte.

Aureliano se fue a ver a su querida madre; y más lueguito, el Mercader llamó al Comisario y le dijo: dígamele al joven Aureliano que no se vaya, y, búsqüeme un notario. El Comisario salió a la calle, llamó a Aureliano, quien volvió a atender

lo; y, el Comisario le dijo: no se vaya, el Mercader, lo necesita; y, entraron nuevamente donde estaba el Mercader, a quien el Comisario le dijo: ya está aquí, el joven Aureliano, y, ahora voy a buscarle el notario; y, el Mercader ya en los brazos de la muerte díjole: gracias, id en breve. El Comisario salió de nuevo y con su carro acelerado llegó a la casa del notario, a quién le dijo: he venido a buscarlo, venga preparado. El Notario se proveyó de lo necesario, se montó en el carro; y, el Comisario lo condujo a vuelo de águila frente al lecho del Mercader quien sin pérdida de tiempo le dijo: hágame un documento que justifique la espontánea donación de catorce mil dólares de mi parte a favor del Joven Aureliano Mella, dicha suma está en poder del señor Comisario quién deberá entregársela inmediatamente; y, dicho esto, el Comisario le entregó el maletín con el dinero a Aureliano, y, como testigo ratificó la prueba: en esto llegó la esposa del Mercader y éste sentóse en su lecho; y, abrazándola le dijo: mi fiel e inolvidable compañera; os doy gracias a Dios, por haber dado con un joven tan impoluto, como tú, y, yo, al cual, le he regalado todo el dinero que cobré durante mi viaje; y, ya que tuve la dicha de volverte a ver sólo quiero que ratifiques, el título.

La esposa firmó y luego repuso: tu gusto es mi honra. El Mercader sonrióse

y al exclamar: gracias se quedó muerto.

El Comisario se encaminó a su oficina; y, Aureliano a su hogar.

Eran, las diez de la mañana; Aureliano regresó a su hogar. Allí encontró a su querida madre haciendo un té; y, como traía un maletín en la diestra, Ella le dijo: hijo mío, ¿has encontrado trabajo? No, Madre contestóle Aureliano: he encontrado el fruto de la honradez que me infundiste desde mi niñez.

La Madre—Ajá! Cuéntame. Aureliano le contó todo lo ocurrido: y, a continuación le presentó el documento; y, la madre muy satisfecha de la generosidad de él, abrazándolo hijo mío le dijo: te aconsejo que no derroches esta fortuna porque la humanidad ingrata, se porta mal con los pobres. Aureliano—Madre mía; estoy de acuerdo con tu prudente consejo, ya que no ignoro... pero deseo decirte algo respectivamente pues: como dijo Sócrates, lo muerto sale de lo vivo, y, lo vivo de lo muerto; así mismo me parece, que la verdadera riqueza, casi siempre proviene de la pobreza; sin embargo: no por ello, quiero decirte que malgastaré sino, provechosamente, es decir: estudiando el arte de la música hasta llegar a tocar la guitarra y el piano como por encanto ya que es mi mayor deseo. La madre—hijo mío; tú serás un músico eminente, Aureliano—Me encanta tu augurio! La Madre—Naturalmente, tu ser auspicia infali-

blemente el éxito ya que eras un tenor. Aureliano—Me parece que estás en la realidad, seré un músico.....

Al día siguiente: Aureliano, repasaba las notas fa y sol en la tres claves musicales; y, pocos días más tarde, ensayaba eminentemente distintas piezas clásicas en los aludidos instrumentos; y, antes de un año ya era extraordinariamente un fenómeno sin igual, de tal manera que los demás le nombraron

“EL GENIO ENCANTADOR”

Pués, cuya ejecución tanto en el piano como en la guitarra, endulzaba las horas, y, convertía en musas fecundas los sentimientos más estériles; y, siguiendo en su apogeo, era cada vez mas humilde y llano. Por consiguiente: un año mas tarde mientras hacía una deliciosa pieza muy de mañana: su madre lo interrumpió diciéndole: hijo mío, me siento muy enferma, creo que no tardaré en morir. Aureliano—Madrecita, no digas: tu declaración me conmueve. ¿Cómo es que te sientes?— La Madre—Mal, muy mal, hijo mio. Aureliano—No te apures, que haré todas las diligencias posibles por tu salud, y, dicho esto, no tardó ni media hora para estar asistida por dos famosos Médicos los cuales, tuvieron sobre ella, el mismo diagnóstico, y, luego salieron a la sala; allí Aureliano le dijo: ¿Cuál es la enfermedad de mi madre? y en voz baja uno

de ellos contestóle: está diabética, y, añadió el otro: tan crónica, que ya su sangre está glucosa. Aureliano—Pero: Es posible salvarla? Los médicos se miraron uno al otro; y, luego, uno de ellos, dijo: No señor.

Aureliano—Aun; pero necesito que me le hagan algo diariamente hasta el fin:

Comprenden? Ellos ampliamente: Vendremos todos los días.

Aureliano entró nuevamente a la alcoba de su madre, y, animándola le dijo, Madre. tu quebranto es cosa leve, sanarás en poco tiempo. La Madre—Hijo mío, que Dios te colme de dicha por tu generosidad, pero.....tarde o temprano tendré que alejarme de tí; sin embargo, repito que no derroches tu fortuna, pués, como ya te dije; el mundo es ingrato con los pobres, recuerdas mi consejo eternamente; y, de mi parte solo quiero que me acompañes hasta la tumba tocando tu guitarra. Me lo prometes? Aureliano—Tratándose de tí madre querida, tocaré anormalmente.

La madre se sentó; y con una sonrisa del alma, abrazó y besó a su hijo, se recostó y se quedó muerta.

Una horas más tarde; la metieron en un ataúd ,y, luego al debido tiempo; salió el gran séquito al sepelio y Aureliano empezó a hacer vibrar las cuerdas de su quejumbrosa guitarra, continuó al paso del catafalco; y, torrentes de lágrimas corrían por sus mejillas, era el cuadro más doliente,

llegaron al cementerio, entraron, la enterraron, Aureliano levantó su mustia faz, y, al son de su guitarra exclamó: Madre Santa, madre mía aquí yaces bajo un sauce y una cruz pero vivirás en mi mente, nunca muere lo que es luz.

Por fin, salieron del cementerio y regresaron. Aureliano quedó muy apenado aunque algunos amigos le hacían asistencia permanente. Así pues, transcurrieron varios meses y pasado un año, Aureliano jamás hizo vibrar las notas de su guitarra ni su piano; pero un día, Arturo que era uno de sus distinguidos amigos lo invitó para ir a la casa de los esposos Victor Martes y Genara de Martes, que vivían a ocho cuadras; y, celebraban el santo de su hija Cecilia, la más hermosa, la más encantadora de aquel recinto. Al día siguiente: Arturo tuvo el honor de presentarle a Aureliano, a los aludidos esposos; ya, los salones estaban llenos de gente; Aristócratas, Artistas, Magistrados y altos funcionarios del estado, que, discurrían confundidos por su semejante ostentación; y, como estos conocían a Aureliano, uno de ellos dijo: ¡Señores. llegó "EL GENIO ENCANTADOR"! y, repitió otro: ¿El Genio Encantador? Esta expresión siguió por toda la estancia de tal manera que la hechicera Cecilia se enteró de que el joven Aureliano, era a quién se denominaba por "El Genio Encantador" y, por decirlo así, llámole la

atención y le dijo: "Genio Encantador" sería un honor para mí si usted se dignara hacer alguna música. Aureliano—Señorita al complacerla el honor que reclamas, sería mío; y, tomando una guitarra en ambas manos, la hizo vibrar de tal modo que, toda la concurrencia se encantó, y, luego, la singular Cecilia, descollada en su suprema esbelteza fué la que inició el atronador aplauso; y, a continuación Aureliano, apasionado de ella en voz alta dijo:

Quisiera ser tu esclavo o tu dueño
Quisiera ser devoto de tu imágen
Para morir en dulce embeleño
Postrado en el amplio de tu margen.

Ob! Diosa hechicera de los prados
Del jardín celestial del paraíso
Quiero vivir en tus brazos; desposado
Ya que inefablemente Dios lo quiso.

A tus plantas una lluvia de perlas
Y, de diamantes, azahares, una diadema
Quiten mis manos tan aventureras
De tu frente de armiño tan serena.

La señorita Cecilia, inclinó la cabeza con donaire y asentimiento; la concurrencia aplaudió ruidosamente, y, el señor Victor Martes, mandó a buscar el Cura quién llegó a poco; y, el brillante casamiento de Aureliano y la señorita Cecilia, tuvo lugar, el gran séquito brindó por ello; y, a las seis

de la tarde brindaron y brindaron. y, luego la concurrencia se esparció.

Aureliano quedó allí al lado de su esposa, y, más tarde llamó a la atención a Don Víctor y a Doña Genara; y, levantándose le dijo: mis padres, dejen en su poder mi esposa vuestra hija, hasta mañana. Ellos — De acuerdo. Aureliano sentóse nuevamente y hablando con Cecilia, exclamó: ¿Qué has hecho con haberte casado? Cecilia — He manifestado mi sentimiento; y, a la vez he cumplido con mi deber. Aureliano — Igualmente: más, aún te imploro decirme, en confidencia; Ya que seas pato o gallareta, pero para mejores fines en nuestras vidas de casados me interesa saber con quién he tenido el honor de casarme; es decir: si eres o no una niña — Cecilia — Naturalmente con una niña.... Aureliano — Seremos felices; vendré mañana a buscarte. Cecilia — Cuando desees. Aureliano besóle la diestra y se despidió.

Al día siguiente, Aureliano fletó un carro, y, a las diez de la noche se encaminó a la casa de Cecilia, donde llegó a poco, allí fué muy bien recibido por su esposa y familia; y, un momento más tarde Aureliano y Cecilia salieron del balcón, se montaron en el carro y unos minutos más tarde regresó Aureliano con Cecilia; abrió una puerta, entraron, encendió una hermosa lámpara y cerró la puerta. La noche era apacible, la luna fulguraba y un reloj que

había en la aposento daba las doce de la noche.

Un momento más tarde tuvo lugar un rudo aspaviento en el interior de la casa, este proxeneta aspaviento de parte de la señorita Cecilia, denotaba claramente su vivo interés de pasar "Gato por Liebre" pero, Aureliano que comprendió la cuestión, se encaró con ella y le dijo: ¡Qué tonta! ...

Nunca pensé que fueras para mí, un verdadero fraude ya que te di tan amplia ocasión; ocasión para que no marchitaras mi amor y mi fé; soy tu víctima pero!..

Cecilia —¿estás demente o es, que ayer me fingiste ser un amante sincero para hoy traerme siniestramente a la fatalidad? Aureliano levantóse con destreza del mullido lecho, fué a la pieza contigua y trayendo en la mano un horrible puñal, lo puso fuertemente en el pecho de ella, y, con enojo le dijo: confiesa la verdad o morirás en seguida; ¿Quién fué tu primer marido? Cecilia—¿De qué me acusas? Moriré inocente, y, cuando lugo perezca será la muerte para mí, una simple metamorfosis para luego volar hasta la Mansión eterna, donde no tiene asiento el rencor material de los cobardes: ¡Mátame, mátame mi verdugo! Pero Aureliano, que era de un alma tan generosa; lejos de ellos le dijo: Quiero que vivas, pues, en cambio, sería yo un cobarde como me nombras, si te hiciera el favor de matarte; sólo siento, que te llamará la voz de la



conciencia, cuando más ufana y rendida duermas en los laureles de tu fraude. Esta infalible declaración, produjo en los ojos de doña Cecilia, lágrimas de cocodrilo; y, Aureliano, moviendo la cabeza se decía para sí: ¡Cuán caro pagué este oropel; lleva mi nombre! Volvió a la pieza; y, guardó el temible puñal, y, acercándose nuevamente al lecho de ella, le dijo: te he perdonado la vida, y, quisiera perdonar tu pecado, pero para ello es necesario que divulgues, quién violó tu virginidad. Cecilia—No entiendo; pues, solo a ti he amado.

Aureliano—puede ser: pero ¿Quihubo del hímen?... Cecilia llorando; ¡Me dices tantas cosas! Aureliano—entiendo, que lo mejor en este caso sería devolvarte, ¡vístase en seguida!, esta determinación; no produjo mayor efecto en el corazón de Cecilia; pues, ella compensó con lágrimas artificiales, toda la razón moral de él; y, como muy natural en todo hombre superior tener un punto débil, conmovido por los sollozos de ella, nuevamente le dijo: quédate por mí generosidad aunque te señalaran desde el punto siniestro que gravaste; pues, el amor mancillado no tiene cura, aún sea discreto el traicionado y, en virtud de que la verdad "siga" descubriré en el caos de tu arcano todo tu delito, y, ya será tarde.

Eran las dos de la mañana, Aureliano salió al patio; y, una yegua que tenía enganchada a una hermosa mata, se azoró

al verlo a tal hora! allí dióse una palmada en la frente, y, en soliloquio dijo: ¡Qué fraude, cobre por orol pero sabré vengarme por medio de la calma. El reloj dió las dos y media. Aureliano entró nuevamente, y, se encaminó al lecho donde estaba Cecilia, quizás durmiendo, y, se acostó a su lado sin quitarse la ropa por fin eran las tres. Aureliano pensaba cómo averiguar la cuestión, y, más tarde cuando ya amanecía, echó con diplomacia un brazo sobre el pecho de ella, y, suavemente le dijo: "alma mía"..... Yo, admiro y alabo tu belleza, tú eres la única mujer, con quien, creo ser feliz; y, pasándole las manos desde la frente hasta la nuca agregó: te estimaré mucho decirme todo, pues, es q. mi índole no me permite pasar por alto en la mentira, a menos que alguna razón me lleve al terreno de dispensarla es decir: que reine la verdad entre nosotros a fin de que seamos felices eternamente; y, Cecilia, lejos de ello le gritó: ¡Inconsciente, malhechor, termina tu obra mátame. Aureliano —No, no, no, que te maten tus mismos hechos, tal como a los malvados que siempre se arrepienten cuando ya es tarde.

Sin embargo, al día siguiente; Aureliano le fingió mucho cariño considerando que era la calma su único medio para descubrir el crimen de ella; y, siguieron sus vidas de casados en la mas compatible excitación material: de tal modo que sus vecinos

siempre hallaron algo bueno que decir de estos esposos; aunque Aureliano siguió en el más diplomático ten-con-ten a estilo de mátalas callando.

No obstante; cierta vez intentó obsequiar a sus suegros con un guiso de marrano; y, llevada a efecto su intención se encaminó a la casa de ellos donde llegó a poco, éstos lo recibieron muy afectuosamente y contemplaron su exquisito obsequio, Aureliano se despidió y luego llegó a su hogar el cual halló cerrado.

Eran las seis y media de la tarde; y, desde luego, le fué muy extraño no encontrar a doña Cecilia en casa, sinembargo; el reloj dió las ocho y luego doña Cecilia llegó acompañada por dos señoras amigas suyas quienes tan pronto llegaron se volvieron a cuyas casas, Aureliano disimulaba su coraje y luego, encarándose con ella, suavemente le dijo: ¿de dónde vienes? Doña Cecilia—de unos rezos. Aureliano movió la cabeza como quién dá aprobación a una cosa: y, contemplándola le dijo: ¡Bendito sea Dios de unos rezos! Por fin, eran las nueve de la noche. doña Cecilia se acostó y Aureliano sentado en una silla pensaba en las cosas incontrovertibles del destino, y, en soliloquio dijo: esto me parece cosa de gente loca; porque si esta mujer tuviera en cuenta que yo he cubierto su deshonor seguramente se portaría mejor o será que las mujeres tienen aspecto de ángel y entra-

ñas de infierno, no comprendo; en esto le amaneció; y, doña Cecilia indignada, hizo una carta y se la envió a sus padres la cual decía: mis queridos padres: creo que es mi deber, comunicarle mi infortunio, aunque inútilmente, pero como sois mi sangre ¿Sería posible perecer desamparada?

Su triste hija que le pide la bendición,

Cecilia Martes de Mella.

Sin embargo esta carta fue recibida por los esposos Martes quienes la contestaron con otra que decía:

Querida hija: te esperamos en seguida, vuelve a nosotros y serás amparada.....

Tus Padres

Cecilia, recibió esta contestación; se puso en marcha, y, llegó a poco a su hogar paterno donde ya la esperaban sus amantes padres que la abrazaron con ternura, y, luego Doña Genara empezó a interrogarla en los términos siguientes: ¿Cómo es q. te trata ese Mago Encantador?.... A lo que Cecilia contestó llorando: no quiera saber su trato espeluznante.... Pues, ese ingrato no quiere que yo, ni siquiera reze, imagínese doña Genara—¡Pobrecita mi hija!

Mientras; que Aureliano pensaba que había fracasado en su propósito de no despedirla....

Y, no obstante; salió en pos de ella,

pensando no dejarle que decir a sus suegros; y a la vez llevar su plan a cabo; y habiendo llegado donde ellos, los saludò igual que antes; luego se encaró con don Víctor; y, le dijo: ¿está aquí Doña Cecilia? — Don Víctor—Si está.—Aureliano —¿Ella, no la ha manifestado el motivo de haberme abandonado? Doña Genara—Algo al respecto. Aureliano—¿Y qué concepto tienen ustedes sobre ello? ... Ellos: en silencio.....Luego Aureliano agregó: Comprendo Pero, según mi modo de ver las cosas, me parece que ella debe retornar a nuestro hogar ya que de tan buen grado he venido a buscarla: además, considerando que su error es subsanable....Doña Genara—Presumo que, de no haber habido conciliación entre ustedes, lo más propio es el desvío. Aureliano —¿El desvío, señora? Doña Genara—Sí, el desvío. Aureliano—Nunca pensé que aprobaría usted una causa sin justificación, ni menos que mirara con agrado la destrucción del hogar de su propia hija, mientras que yo lucho incansablemente por la futura suerte de ella; pero; no por ello, puedo contravenir sus análogos instintos.....luego se despidió; y, Don Víctor y esposa salieron detras de él para entregarle a Cecilia. Aureliano llegó a su hogar, abrió una puerta y luego sentóse ante una mesa y escribió lo siguiente:

Que tristes son las horas;
La vida es una orgía

De llantos y suspiros,
Este mundo es un oasis,
Un paraíso en el infierno;
Un edén de delicias, donde tienen
lugar las Gentiles, cual perfumadas
Rosas y Blancas azucenas.....
Donde los hombres alevosos
Cual aves de rapiña
Bajan a deshonor a libar sus pétalos
y dejan en ellas la cintura
sin aparentes huellas.

Y, a la mañana siguiente: cuando el sol
tiende sus rayos de oro
Se desposan los nobles mozalbetes
Con sus amadas; luego, llegan a ellas
pensando aspirar la flor de la fé
que jamás se conserva; ¡Pobresitos!
Que cual dorados y afanosos colibríes
quieren libar esos pétalos y solo hallan
los sépalos en el cáliz
Porque éstas fragantes flores han sido
deshojadas por las aves de rapiña.....

Aureliano Mella

Después de un momento: reclinó la cabeza en la mesa sobre el margen de su poema, y quedóse dormido, en esto entraron los esposos Martes con Cecilia; Doña Genara sentóse en la sala, Cecilia se encaminó al aposento y don Víctor fué hacia el pasillo, allí encontró a Aureliano dormido al pié de su visible poema: que don Víctor leyó

y luego, mangueando a Doña Genara, le dijo: lee esto para que sepas como suelen ser las cosas.....Doña Genara leyó el poema y lo guardó en su bolsillo; en esto llegó allí Cecilia; Aureliano despertó; y, doña Genara casi convencida, dirigiéndose a él—dijole: Caballero, aquí os hemos traído vuestra esposa deseando que de hoy en adelante reine entre ustedes una eterna armonía; armonía que será la felicidad de todos nosotros, y, nos dispensa. Aureliano —Sí mi querida suegra, la perdonoy, siguió con Cecilia varios años en aparente armonía, (hasta que un día inventó un ingenioso plan para definir el asunto); y, le dijo: deseo. que celebremos el tercer aniversario de nuestro matrimonio; esta declaración alentó mucho a doña Cecilia, pues, consideró esa disposición como una cosa muy buena, ya que tenía en cuenta sus graves circuns- tancias, no sabiendo que el propósito de él- era, hacerla perder el uso de razón; a fin de obtener de ella, la genuina comunicación de su insondable arcano.... Sin embargo: apuraron las copas, de tal modo que, media hora más tarde Doña Cecilia estaba transportada en el paraíso inmortal de la conciencia.....

Aureliano aprovechó la ocasión y llevándola en sus brazos la acostó en su mullido lecho; y, con diplomacia le dijo: soy tu hermana Justina; con tan idéntico deje... que, doña Cecilia le parecía estar a solas

con su confidente hermana.... ¡Aureliano continuó hablándole en los términos siguientes: dime, querida hermana: ¿Cómo podré embaucar mi novio cuando me case? Pues, él, cuenta con que soy una doncella..! —Y, Cecilia borracha, contestóle diciendo: hazle demostración de que lo eres, como yo supe hacer aunque fué en vano. Aureliano—¿Cómo hiciste?.....

Doña Cecilia: ¡Aspaviento!..... ¡Aspaviento.! Pero él me salió muy avispa a pesar de tan caballero; y, luego; gracias a q. el tiempo disipa todo. Aureliano—¿Quién hermana mía, violó tu virginidad?.....

Y, doña Cecilia con voz baja repuso, nuestro cuñado Anselmo, por desgracia.

Aureliano—No debió hacerte el amor. Doña Cecilia—Desgraciadamente lo amo desde el día que me forzó.

Aureliano—Basta; y, como había anotado taquigráficamente este diálogo, puso su pluma en la mano derecha de ella, y, suavemente le dijo: firma tu declaración...

Doña Cecilia ratificó; y, luego volviendo en sí, le gritó: ¡Traidora! Pero al ver que era Aureliano quién estaba delante; marrullosamente le dijo: Perdóname Bizarro! ...

Aureliano—Ja, Ja, Já, has caído en tu peso; y, no olvides que para un madrugador otro que no duerma..... Al día siguiente: Aureliano se divorció; y, retornó, al espacioso mundo de la libertad moral.

Por consiguiente: dos meses más tarde

hallábase, en un hotel reunido con un grupo de aristócratas y gentiles amigas suyas; brindaba, por su libertad espiritual; y dió la casualidad, que, en aquel momento entró allí doña Cecilia en compañía de dos amigas suyas y, sentáronse ante una mesa inmediata.

Aureliano, y sus amigas siguieron brindando sin hacerle caso a éstas....doña Cecilia estaba impaciente; pues, su injusto despecho....la estaba matando, y, dirigiéndose a Aureliano díjole: ¡Cuán te ufanas ingrato, vil, malevo corruptor de la belleza! y, volviendo la cara salió con sus amigas y se encaminó a su hogar.

Aureliano permaneció impávido; y, aún remordido, continuó en los términos siguientes:

La vida es una orgía hoy canto ayer lloraba
Libaba la cicuta que en recompensa doy;
Y, así espero del cielo la dicha ya soñada
Para vivir la vida como cantando estoy.

En el mar de mi vida vosotras sois las perlas
Del jardín terrenal manojos perfumados
Vosotras sois la vida, Oh! Ninfas hechicheras
Del sombrío arroyuelo de los prados,

Del hombre sois la esencia bellísimos pebetas
Perfuman el ambiente cual capullo que brota
Para vivir soñando cual bellos ramilletes
Se mezclan los laureles con las fragantes rosas.

Las pulcras gentiles, aplaudieron ruidosamente; luego, se despidieron; y, Aureliano, quedó allí pensando en la barbarie de doña Cecilia.

Por otra parte; en una pieza contigua, se encontraba hospedado un joven forastero, el cual había sido condiscípulo de Aureliano, y, a pesar de que llevaban tantos años sin verse, este joven conoció el poético lenguaje de su amigo Aureliano; razón por la cual, se encaminó donde lo había oído pronunciar sus breves y originales versos de amistad, cariño y simpatía, allí lo encontró, y, aunque lo vió tan imaginativo, con donaire le dijo: Oh! mi nunca olvidado amigo: Aureliano correspondió al saludo de éste, pero sin darse cuenta quién era; y, por tal razón díjole: dispense usted señor, mi curiosidad y dígame ¿quién es usted? A lo que el forastero respondió diciendo: ¡Ya sabía que no me conocía! ¿No recuerda usted de su inseparable amigo en el Colegio Santo Cerro? Aureliano—¡Bendito sea Dios, Eufemio! ¡Venga un abrazo!. Y, luego sentáronse; Aureliano dió unos golpecitos en la mesa, y, al acto apareció un mozo, a quién le dijo: tráiga cerveza.

El mozo trajo en breve dos botellas; y, estos amigos brindaron por su amistad; luego, Eufemio haciendo uso de la palabra dijo: fué mi suerte haber conocido tu precioso/deje. Aureliano—gracias, y, para mí tu exacta intuición, ya que tu presencia me honra tanto. Eufemio—Mi presencia no te honra, pero sí, que soy tu amigo. Aureliano—¿En qué estais pensando? Eufemio—Me dá verguenza decirte, que me

he convertido en un bandolero. Aureliano—
Lo dudo; y, aún cuando así sea, el cariño
amistoso que te tengo es aparte de todo.
Eufemio—estoy satisfecho de ello; y, por
tanto quiero saber el motivo del insulto que
te dieron

Aureliano—El motivo no es legal. Eufemio—Pero dime, ¿Quién es ella, y, qué derecho tiene sobre tí? Aureliano—Esa infausta mujer; es mi ex esposa. Eufemio—¡Ajá! ¿Cuándo casaste? Aureliano—Hace seis años; y, he pasado por ella tantas cosas, que no quiero contarte; además temo que siga molestándome. Eufemio—No temas, pues, la dejaremos en evidencia para que no abuse.

Aureliano—¿En qué forma? Eufemio—Já, Já; Chico, no te apures, imprimiré en su frente un letrero que diga: [Soy Infiel] Aureliano—Eso, sería difícil. Eufemio—Antes, lo contrario; muy fácil porque yo, mientras ella duerma sabré abrir la puerta de su casa, é, imagínateella, creerá que es un castigo por las manos de Dios mismo; además, èste letrero que parecerá misterioso será estampado con una tinta indeleble, la cual solo borrará quitándose el cuero: Aureliano—¡Qué ingenioso! Tendremos buen éxito, y, saldré de esa polilla. Eufemio—Despreocuparás, pues, yo doy mí comida por hacer venganza. Aureliano—Eso me parece muy tremendo. Eufemio—Precisamente, pero si tú no quieres. . . .

Aureliano—Bueno; es posible y debo satisfacer mi duelo. Eufemio—Naturalmente; sé, que se ha burlado de tí, aún no me lo has dicho; y, ahora, termina tan desconsideradamente pero le servirá de escarmiento....

Aureliano—De acuerdo. Eufemio—Pues deberás quedarte aquí para que vayamos a impresionar el ojo de la cerradura, como a eso de las tres de la mañana; Aureliano convino en la proporción de su amigo; y, habiendo esperado la hora ya indicada se encaminaron a la casa de Cecilia, donde llegaron a poco; allí, Eufemio sacó de su bolsillo una pasta especial y la apretó contra el caño de la cerradura de una puerta la cual pertenecía a la alfombrada habitación de doña Cecilia; y, luego regresaron al hotel donde durmieron hasta las diez de la mañana; después se levantaron y tomaron un abundante desayuno; sin embargo, Eufemio volvió a su dormitorio, y más tarde trayendo en ambas manos miles llaves que tenía, en presencia de Aureliano, buscó la que correspondía a la aludida cerradura; y, guiñando un ojo díjole: con "esta" Chico! Aureliano se sonrió y agregó: creo que es cierto; que el que a hierro mata a hierro muere; pues, ¿Cómo yo iba a pensar vengarme? Esto resultará, bien entiendo como "puñetazo sin mano" Sin embargo; las horas transcurrieron, el reloj dió la una, luego las dos; salieron del hotel

y se encaminaron nuevamente a la casa de dona Cecilia, donde luego llegaron, Eufemio abrió la puerta y penetró en el aposento de Cecilia, luego asomó la cabeza a la puerta; y, manguando a Aureliano, le indicó que entrara para que le dijera si era ella Aureliano entró muy sigilosamente; y moviendo la cabeza le demostró que sí, Eufemio sacó de su bolsillo un sello, y, estampó en la frente de Cecilia, un letrero que decía: "Soy infiel".

Salieron en seguida y luego regresaron, muy plácidamente. Al día siguiente: levantáronse, Eufemio se despidió de Aureliano, muy fervorosamente diciéndole: ya verás; y no me olvides, Adiós; y, Aureliano abrazándolo también Adiós le dijo: y que Dios te componga esa cabeza; luego regresó a su hogar; ya eran las seis de la mañana.

Dña Cecilia se levantó de su mullido lecho, entró al baño; y, un momento más tarde recurrió a la franqueza de su espejo para saber si estaba hermosa, como al efecto; pero al ver en su blanca frente aquel sorprendente letrero enloqueció y se precipitó contra un seto, se golpeaba el pecho, se mordía las manos, tiraba sus cabellos, lloraba y lloraba; su trístico sollozo, lo oyó su madre; y, fué en seguida a verla; allí la encontró tendida en el suelo con su resalto letrero, y azorada ¡Hija mía! Le dijo: ¿Qué es eso? ¿Quién te puso ese letrero? Dña Cecilia—¡Madre! Nadie, mire las puertas

tal como las cerré. Doña Genara—Y entonces, ¿quién te estampó ese letrero? Doña Cecilia—Parece cosa de Dios.

Doña Genara—Pero Dios, es justo. A lo que Doña Cecilia contestó llorando: por lo tanto pero si es piadoso como dicen las gentes, es muy natural que no pague yo lo que ya no me toca. Doña Genara —¡Caramba! Nunca comprendí, lo generoso y discreto que es Aureliano, quién, en vez de divulgar tu deshonor la ha cubierto; y, Dios con no ser vengativo ha querido castigar tu cruel delito; tu delito que caracteriza un crimen capital. Doña Cecilia—En el mundo han tenido lugar crímenes más espeluznantes que el mío y no han sido castigados en esta forma. Doña Genara—Será esto para nuestra familia una mancha eterna, pero como Dios dá la llaga y la medicina conseguiremos él, mediante tu exoneración. Cecilia—Me bastan tus lamentos, pues, tengo por otra parte, suficiente valor para compensar mis hechos con la vida. Doña Genara—¿Has perdido el aliento? Doña Cecilia—Nó, sí, porque como ya te dije el suicidio me inspira. Doña Genara—¿El suicidio? No hija, antes de eso debemos buscar todos los medios ya que toda acción justa o injusta tiene enmienda. Cecilia—¡Madre inconsciente, descuidada! ¿Cuáles son esos medios? Doña Genara—Ten valor, ten calma, vamos a la fuente a lavarte eso, y, sabrá Dios. Doña Cecilia—Vamos: allí

Doña Genara entregó con empeño la poluta frente de su hija pero todo fué inútil, pues, aquella tinta verde a pesar de ser indeleble, tenía la particularidad de que en lo obscuro alumbraba con tan viva luz, cual si hubiese sido un cocuyo, de tal modo que aquel letrero podíase leer francamente, a diez metros de distancia. Doña Cecilia lloraba desfavoridamente y entre tanto decía: ¡Búsquense a Aureliano para que me perdone! A lo que por fin contestó Doña Genara: hija mía hablar con Aureliano, sería nuestra felicidad, pero yo no tengo cara para hablarle ya que tautas veces por tí, abusé de su noble gentileza.

Recuerdas, cierta vez que inconscientemente le sugerí el desvío apoyando tu causa criminal? cuyos efectos hoy llevas en la frente. Sinembargo, sé, que si lograras hablar con él, fuera tu suerte, pero al terreno que han llegado las cosas; eso te costaría un ojo y tres dientes.

Cecilia se encaminó a su pieza, allí arrojóse en su lecho. Doña Genara fué a verla; y al encontrarla, a su parecer; durmiendo, volvióse a su aposento, se acostó y se durmió; pero Cecilia que pensaba ir donde Aureliano a implorarle su perdón; más tarde, cuando eran las doce de la noche; se levantó; y, se encaminó a la casa de él, donde llegó a poco; allí tocó a la puerta. Aureliano sentóse en su lecho; y, dijo: Quién? Y. Doña Cecilia, contestóle dicién-

do: una servidora — Aureliano conoció quién era. . . .

Pero secamente le dijo: ¡Quién, y qué deseas? Cecilia — Soy tu infeliz ex esposa; quién nada bueno merece pero deseo implorarte mi perdón.

Esta petición, conmovió a Aureliano, de tal modo que abrió una ventana; y al verla tan cabizbaja, con un sobretodo desde la cabeza, sólo sabía que era ella por el metal de voz; y, le contestó diciendo: Te perdono, sí, te perdono; y, deseo que Dios lo haga al igual, y que los ángeles con su música armoniosa disipen los pesares de tu alma a fin de que la esencia espiritual de tu vida en primavera vuelva de nuevo a perfumar tus días, y dicho esto cerró la ventana, y, Cecilia se fué llena de esperanza, Aureliano se acostó nuevamente y hablando en soliloquio decía: no debí hacer esto, no debí hacer esto. Cecilia regresó, fué a su espejo y aún vió que su letrero estaba intacto, tenía la esperanza de que el perdón de Aureliano borraría su mancilla antes de amanecer; se acostó nuevamente y se quedó dormida, pero Aureliano, pensando en el infortunio de ella no pudo dormir más aquella noche; y, a la mañana siguiente, como a eso de las seis Doña Cecilia despertó, sentóse en su lecho; y, levantándose con destreza, dió dos zancadas y llegó a la franqueza de su espejo; y, al ver su letrero exactamente igual, cayó al suelo sin alien-

to, y pensó darse la muerte, Doña Genara fué donde Cecilia y le amarró un pañuelo en la frente como quien quiere tapar el sol con las manos; Doña Cecilia estaba convulsa y furiosa como una tigris herida.

Las horas transcurrieron, ya eran las diez de la mañana, y, a eso de las dos de la tarde, comenzó a escribir una carta la cual decía: a la masa de mi sexo; y, particularmente a mi madre; sean fieles por siempre, no sigan mi sendero, la vida material es un engaño, y, quién engaña, se engaña; ya me separo de ustedes, con mi pecado en la frente, con el corazón herido; y, destino al infierno; ¡Maldito quién engañe!; Cecilia Martes.

En fin ya eran las diez de la noche, Cecilia salió a la sala donde ya estaba su perpleja familia reunida; luego volvió a su pieza y trayendo la carta en las manos, la entró en su seno. Eran las once de la noche, la luna ortaba en lontananza; y, en su jardín opuesto; susurraban las blancas azucenas, los lirios, los nardos y las rosas, y, las brisas apacibles, perfumadas removían la blonda cabellera de Doña Cecilia: y, el resalto letrero de su frente, como que fulguraba; y, suspirando muy jadeante, puso aquella carta en las manos de su madre, cayó al suelo y se quedó muerta.

Sus familiares se dispersaron llorando.

Segunda Parte

Al día siguiente: Aureliano remordido....Y, recordando el consejo de su madre, propúsose mendigar; en el lugar más opulento de su patria.

Aquel lugar era, la Avenida San Gerónimo, Santo Domingo, R. D.

A la mañana siguiente: echó en una maleta de mal apariencia todo su dinero; y, doce primorosos trajes con sus respectivos complementos y al igual su muy lujosa y sonora guitarra en un estuche.

Fletó un carro y se encaminó al aludido lugar donde llegó a las diez a. m. allí se desmontó y, puso su equipaje bajo la amplia sombra de aquel robledal inmenso.

Dió la casualidad, que en aquel momento, un gran caballero buscaba por allí, un joven de cierta prestancia para que le atiendiera a un gran jardín que tenía delante de su palacio; y, dirigiéndose a

Aureliano, le dijo: jóven; ¿Sabe usted quién pueda servirme de jardinero? Aureliano—Yo mismo, señor.

El caballero lo reparó bien, y, luego le dijo: pues venga. Aureliano le echó manos a su equipaje, siguióle detrás, y, diez minutos más tarde llegaron. Aureliano se detuvo ante el gran palacio; el Patrón entró y luego salió con una llave en la mano y entregándosela le dijo: ocupe aquella casita; y, mañana le entregaré el jardín. Aureliano se encaminó a la casita, abrió una puerta y entró sus maletas; aquella casita estaba provista de una camilla, una mesita y una silla; estos utensilios hacían juego con las viejas maletas de Aureliano. Sin embargo: más tarde entró a la casita una sirvienta, la cual puso en la aludida mesita un almuerzo; y, dirigiéndose a Aureliano, le dijo: jóven ahí está su almuerzo; y, se volvió a la cocina, Aureliano saboreó esta comida; y, al igual el Patrón y familia en su lujosa estancia; al son de una preciosa altofónica; y como a eso de las tres, unas de las encantadoras hijas del Patrón, machacaba el teclado de un piano, Aureliano escuchaba; las horas transcurrieron, la noche tendió su negro manto; y, llegadas las nueve se acostó.

Al día siguiente: el Patrón lo llamó y le dijo: desde hoy queda a su cargo éste mi precioso jardín, espero que usted lo mejorará estéticamente. Aureliano—Despreocúpese

señor; y, empezó su labor de tal modo que, un mes más tarde había convertido el jardín en un edén de delicias, tan primorosamente que las tres hijas del Patrón, pasaban todos sus momentos de ocio paseando por aquel lugar que Aureliano mejoraba diariamente. Pero un día que estaba el jardín lleno de visitantes, el Patrón llamóle y bruscamente le dijo: ¿Por qué no ha recogido esa hojarasca? Aureliano levantó la frente, y, con gran donaire le dijo: ¡Señor! Por qué hay que dar lugar a que caigan al suelo; e inclinando la cabeza mudó unos pasos hacia atrás; en vista de lo cual, la concurrencia aplaudió; y, algunas personas de las más notables gritaron: Exacto, bravo jardinero!

El Patrón advirtió su error; y, Aureliano muy sereno volvióse a su casita, allí con los brazos abiertos exclamó: ¡Madre Santa, madre mía! Tu consejo sacrosanto es la pura realidad; y, el séquito, el Patrón y familia continuaron paseando, encantados con las blancas azuceas, los jazmines y las rosas.

Eran las cinco de la tarde; el gentío se despidió; y, media hora más tarde, el Patrón llamó a Aureliano, y, éste muy listo señor, le dijo: He venido a su llamada. El Patrón se sonrió y luego le dijo: Aureliano Hidalgo, quiero confiarte un secreto. Aureliano—Cuanto desée, señor.

El Patrón—Es pues, decirte: que, aquí donde estamos, es una trampa especial para

capturar bandidos, enemigos traicioneros que me quieran hacer daño. Aureliano— ¿Ha cojido algunos? No, contestó el Patrón solamente un perro y un gato. Aureliano se sonrió y luego agregó: lo que su trampa ha cojido no vale la pena. El Patrón— Ciertamente pero por ella, he dormido tantas veces tranquilo!..... Aureliano— supongo que cuando se cojió el gato, pensaría usted, que era un Pistolero, el Patrón se rió a carcajadas, Aureliano le hizo duo, y, luego se fuè a su casita; allí, estaba su cena en la mesa; y, mientras hacía uso de ella, pensaba en las cosas de la vida.

Varios días más tarde, en plena floración de primavera, un gran señor, nombrado don Juan; que vivía en la parte opuesta del Patrón, invitó todos los opulentos de aquel lugar para obsequiarlos con un suntuoso banquete, el sábado próximo; y, por tal razón, la señorita Inés, la mejor Pianista de Santo Domingo, hija del señor don Juan; ensayaba constantemente.

Aureliano tuvo lugar de enterarse de ésta rumbosa jira; ya era la víspera del gran Banquete, los convidados estaban animadísimos, numerosos grupos de jóvenes de ambos sexos entraban frecuentemente en casa de don Juan; y, al igual, en casa del Patrón.

Aureliano, miraba de reojo a las gentiles, ya el sol declinaba, y, las apacibles brisas matizaban el ambiente con perfume

de rosas, lirios y azucenas; el crepúsculo de la tarde agonizaba, el sol se hundió en su montesino lampo, las estrellas empezaron a adornar el firmamento.

Aureliano salió del jardín; y, entró a su casita, cenó, y, luego sacó su guitarra del estuche y contemplándola exclamó:

¡Oh! Guitarra querida, tu acento
Armonioso repercute en mi alma
Cual el perfume de un jardín en primavera
A la diosa gentil de la pradera.

Oh! Guitarra querida tu acento es todo calma
Olvidan mi dolor tus dispersadas notas
Tan viejas como el arte, afinarte quisiera
Para morir soñando como cantando estoy.

La vida es una orgía de llantos y suspiros
Duèrmete un momento sonora lira mía
Que pronto harè vibrar en eternos delirios
El eco arrullador de tu armonía....

Metióla en el estuche, y dijo: la noche es apacible ya todo está en calma, duermen en el jardín los nardos y las rosas y tú guitarra mía, duerme hasta mañana que yo te afinaré y entonces tocas!.....

Luego se acostó; y, al día siguiente; se levantó muy de mañana, barrió el jardín, fué a desayunarse, y tan pronto terminó vió, que un inmenso grupo de ninfas hechiceras entró al palacio de don Juan.

Eran las ocho y media de la mañana; y, a las nueve un joven gallardo nombrado Antonio, pulsaba una guitarra mediocremente en el salón principal de don Juan, este joven guitarrista recibía constantes

elogios y aplausos del opulento y numeroso séquito.

Aureliano, escuchaba la algazara y se fué a la parte opuesta del jardín, allí se sentó en un banco donde escuchaba las lindas piezas que tocaba la señorita Inés en su piano; y, a veces la guitarra del aficionado Antonio.

La ricacha concurrencia, bailaba y bailaba, brindaba y brindaba por la salud de don Juan; y, Aureliano en su banco muy sereno, observaba el impulso del oro. Entre tanto pasaba por allí un niño el cual llevaba una guitarra de tres cuerdas es decir: un juguete, éste niño se detuvo; y, Aureliano le dijo: tocas también la guitarra. El niño—Tóquela usted. Aureliano alzó el brazo por encima de la palizada recibió la guitarrita y al acto la afinó en mi-do-sol es decir: la convirtió en una guitarra cantante e improvisó una melopeya la cual decía:

Oh! inspiración eterna
Sagrado aliento de mi vida en flor
¿Por qué es que hacia la gloria me encaminas
Y, mitigas mi pena, y mi dolor?

Entre tanto, unas hermosísimas jóvenes que estaban charlando en la galería del palacio de don Juan, engreídas en la música que hacía el joven Antonio y la señorita Inés, tuvieron ocasión de burlarse de Aureliano, con silbos tan notables que, la numerosa concurrencia, salió a serciorar-

se del hecho. Sin embargo; Aureliano permanecía sereno escuchando y contemplando el contundente desprecio que le hacían estos poderosos; de tal modo, que lo invitaron a que entrara, a lo que éste se negó y con gentil donaire dejó caer su sombrero al suelo e inclinó la cabeza mostrándole su cultura.

En vista de lo cual, la esbelta doncella Inés bajó de su palacio y se encaminó hacia el jardín opuesto, allí recogió el sombrero de Aureliano y pasándosele le dijo: caballero, cúbrase. Aureliano movió la cabeza en muestra de aprobación y exclamó:

¡Oh! Niña, aristócrata, moral
Deidad sublime:
Diva Bizarra, gentil prenda adorada
A tu garbo ensoñador nada le impide.

A tus plantas, una alfombra de perlas,
Un ramillete de esmeraldas hermosas
Y una lluvia de pétalos de rosas
De pura floración en primavera.

Inés—Gracias;

Volvió a su palacio; y, sus sociales le gritaron, ¡Oh Inés! ¡Jardinera! ¡Jardinera!
¡Jardinera! ¡Jardinera!

Aureliano entendió francamente el choteo que le hizo la gran concurrencia a la pundonorosa doncella Inés, y se encaminó a su casita con gran disímulo, allí meditaba profundamente en la singularidad de la señorita Inés, y, en soliloquio dijo: ¡Qué ingeniosa y gentil! Entre ricos y pobres no

habrá otra más modesta, es una excepción urbana, acreedora de todo lo sublime, de todo lo que ríe, de todo lo que canta; ¡Oh Diosa romántica, del bulevar más precioso de mi patria, encantadora de eco arrullador, te probaré la sinceridad de mi cariño y seré tu esclavo!

Sinembargo: la fiesta continuaba animadísima, la encantadora Inés tocaba como nunca; y, en un intermedio el Patrón de Aureliano, encantado, en voz alta dijo: ¡Camaradas! Deseo que se retire la fiesta el sábado siguiente en mi palacio.

La concurrencia aplaudió y brindó por ello. Eran las once de la mañana, la fiesta seguía en suma grandeza y las apacibles brisas acariciaban los jubilosos rostros removiendo a la vez las blondas y perfumadas cabelleras de aquellas pulcras y gentiles damas.

Sinembargo: Aureliano a solas se reía de aquellos fanfarrones. Por consiguiente, eran las doce; sirvieron el banquete, comieron al antojo; y terminada la mesa, un joven fingiendo estar borracho por despecho repitió: Jardinera, Jardinera, Jardinera, Jardinera!

Desde luego entró la gran concurrencia, se miraron unos a los otros.

Inés permaneció serena. Brindaron distintas frutas, y luego cerveza, Champaña Whisky; y, como a eso de las tres la señorita Inés se levantó y luego sentóse ante el pia-

no, y, acompañándose en él, cantó primero una ópera, luego unos sones, bocalizando admirablemente, parecía conformarse en el estado de su espíritu, y la voz, emitida de una manera magistral, en conformidad con la letra, pareció en ocasiones un suspiro del alma, una declaración imposible de amor y simpatía hacia alguien, de tal manera que la concurrencia notó su anormal estado.

Ya eran las cinco de la tarde y sólo faltaba una pieza para concluirse la fiesta, la señorita Inés se levantó con garbo y dijo: esta última pieza la dedico al joven jardinero por su gentileza; y, comenzó a tocar un precioso vals, la concurrencia danzó jubilosamente; y al terminarse esta pieza, aplaudió ruidosamente y luego se encaminó a cuyas casas.

Al día siguiente tuvo lugar esta sorprendente crónica.

Transcurrieron los días; y, el sábado como a eso de las ocho de la mañana Aureliano llamó al Patrón y le dijo: Señor, le llamé para decirle que hasta hoy lo acompaño, ya me despido, muy encantado de su trato.

El Patrón—Jamás pensé que te irías, cuando la salud de mi precioso edén se debe a tu estética, no digas eso Aureliano; además estamos de fiesta; y, lo que debo hacer es traerte un brindis. Fué al Palacio y trayendo una botella de Whisky le dijo: te brindo esta botella en honor de tu buen

comportamiento.

Aureliano—gracias Patrón! Que goce mucho, pues, yo en mi viaje tomaré por su salud. El Patrón—de modo que me abandonas? Aureliano—No es mi deseo Patrón, pero yo no soy un jardinero como lo he demostrado; soy, con perdón de la inmodestia, el caballero que desprecia el oro y aprecia la virtud.

El Patrón—¿Pero es que no quieres aguardar hasta mañana, para arreglarte tu cuenta?

Aureliano—Señor, no quiero que me pague el salario que a su parecer merezco, sino que me despida como a un caballero.

El Patrón—No, Aureliano; quiero que esté conmigo hoy en mi Palacio.....

Aureliano—de buen grado lo acompañaré.

El Patrón—Gracias, y, se fué al Palacio allí hablando con su esposa e hijas le dijo: queridas /mialmas, con gran satisfacción le declaro que nuestro jardinero, no es un subalterno; es un caballero observador, científico, que moralmente se ha burlado de nosotros. La Patrona e hijas quedaron asombradas; el Patrón mandó a brindar la Champaña mientras Aureliano mudaba de ropa. El Patrón salió del Palacio, volvió donde Aureliano; y al verlo tan bien portado de piés a cabeza le dijo: Oh! Príncipe encantador, acompáñame....y, habiendo llegado apareados a la estancia principal del Palacio, Aureliano muy caballerosamente

saludó la concurrencia, y, luego una bella dama le ofreció un asiento. Aureliano se sentó. En esto llegó la señorita Inés, Aureliano se levantó, hízole cierto ademán, y con garbo sonriendo le dijo: ¡Salve a tí Jardinera, ejemplar, de gentileza!.....

Inés, se echó a reír; Aureliano le hizo duo y luego en confidencia suavemente exclamó: Eres la perla que entreabrió su concha y yo el diamante que apenas se busca en el carbón, os doy gracias a su psicología. La señorita Inés hizo un gracioso gesto. Aureliano le tomó la diestra, la acomodó y sentóse a su lado. El jóven Antonio empezó a tocar; la concurrencia danzó y Aureliano siguió su conversación con la señorita Inés. en los términos siguientes:

Querida amiga, permítame que así la llame, ya que nuestra semejante ideología me ha llevado al feliz terreno de estimarla como mi más sincera amiga, y por lo tanto no vacilo en decirle, que su distinción me es de tanto honor que nunca podré olvidar sus finos modales. Inés—Gracias; y, mirando a Aureliano tímidamente le dijo: naturalmente el artista no finge sino, demuestra.....

Aureliano—Ni más ni menos, artistas; de afinidad tan incontrovertible, que jamás desligarán nuestras almas; y, posiblemente ha de ser al igual en cuanto a nuestras materias.

Inés—No lo dudo; y, por tanto, me

interesa saber, con quién tengo el honor de hablar. Aureliano levantó la frente y contestóle diciendo. Soy Aureliano Mella, de Santiago de los Caballeros, a su ordenanza. Inés—Gracias; y, ¿conoce usted "El Genio Encantador"? ampliamente repuso Aureliano: además puedo disponer de sus actitudes cuantas veces desee.

Inés—¡Ajá! Aureliano—Sí, señorita ¿Desea escucharlo? Inés—Sería su oferta mi mayor encanto.

Aureliano—Lo escuchará, antes de concluirse esta fiesta. Inés—Ya entiendo... En usted mismo. Aureliano se sonrió y agregó: cantaré y tocaré para ti!

Inés—Gracias.....!

Eran las seis de la tarde. Inés, sentóse ante el piano y empezó a tocar un magnífico vals como último gesto de conclusión, la concurrencia danzó alegremente, y terminada esta pieza aplaudió ruidosamente.

Aureliano tomó la palabra y dijo: deseo hacer algunas piezas dedicadas a la concurrencia y particularmente a la diva Inés.

La concurrencia aplaudió; y el joven Antonio puso su linda guitarra en las manos de Aureliano. Este, la afinó a su agrado y arrancando de sus cuerdas la más tierna armonía, dió por resultado el más profundo encanto de apogeo inmortal, la

concurrència quedó casi exlática contem-
plando las extraordinarias cualidades de
Aureliano; luego aplaudió atronadoramente.

Brindaron la Champaña, Aureliano
improvisó una melopeya, cual decía:

Canta a la Diosa Gentil deidad sublime
Oh! Ninfa encantadora! Inès, ¡Inés!
Crèome contemplar tu faz de armiño
Allà en la sombría ribera
De un arrolluelo cristalino en cuyo
Cauce resbalan las perlas de mis
Ilusiones; y, así en la pradera
Oh! Paloma intangible, veo que remontas
el vuelo y sigo tras de tí para morir soñando.....

La concurrència aplaudió nuevamente,
Aureliano continuó haciendo arpegios,
luego dió un requiebro y acabó ejecutando
una rumba estilo cubano, las gentiles gri-
taron: viva Aureliano, Magnífico, Bravo,
sin igual. Cesó el baile; y el Patrón exclamó:
es un fenómeno encantador.

¡Qué Artista! su arte es vida y ciencia.

En este intermedio Aureliano fué a su
casita, se cambió de ropa, agarró el estu-
che de su guitarra y volvió a la estancia
donde estaba el gran séquito, allí abrió el
estuche sacó su reluciente y sonora guitarra
que causó gran asombro y brindaron por
ello, Aureliano continuó tocando en su
propia guitarra, como por encanto.

Indudablemente, las gentiles tuvieron
pasión por Aureliano, pero él permanecía
muy sereno, tocando por escala, y, sólo
amaba a la señorita Inés. Eran las nueve

de la noche, ya nadie bailaba, todos estaban embelesados

Las gentiles trataron de conquistar a Aureliano, en diferente coquetismo.

Ya con sus miradas; ya con sus andares señoriles; pero él, en lo máximo del arte, diplomáticamente despreciaba esa cumbre de encantos materiales....

Apuraron las copas.....las gentiles continuaron enardecidas de pasión:

En este intermedio, Aureliano volvió a su casita; se cambió por tercera vez, y, volvió hacia el gran séquito, que apenas lo conocieron.

Ya eran las diez; Aureliano empezó a tocar una contradanza que apenas bailaron.

La noche era apacible, la luna fulguraba; y, sólo se escuchaban las angelicales notas, de la armonía sublime de Aureliano...

¡No era lo mismo! Y, de amor embriagadas soñaban las gentiles.

En este intermedio, Aureliano volvió a su casita; y, mientras se cambió de ropa, una hermosa doncella dijo: Debemos pagar con un buen salario la asistencia permanente de este genio, a fin de que viva entre nosotros. Esta demanda fué aprobada por la concurrencia, Aureliano volvió, tomó su guitarra y acompañándose en ella. cantó una linda canción.

La señorita Inés, tomó nota; allí todo el mundo contribuyó y los aportes ascendieron a dos mil trescientos dólares men-

sualmente. Aureliano tocó un merengue; y, luego, la señorita Inés le presentó la nota de oferta; Aureliano se enteró del gran salario que le ofrecían, y, le dijo: es mayor satisfacción para mí, regalarle a los necesitados, cinco o seis mil dólares de mis haberes hoy cuando amanezca.

No obstante, la señorita Inés le insistió aceptar esta oferta; y, él, encariñado con las prendas morales de ella, agregó: ¡Es demasiado! Pero.....Por complacer a la señorita Inés por fin aceptó.

Eran las doce de la noche, Aureliano sentóse, por primera vez ante el piano, y, comenzó a tocar un merengue, la concurrencia bailó y luego aplaudió.

Brindaron nuevamente, Aureliano siguió removiendo el teclado del piano, luego levantóse y con donaire en voz alta dijo: ¡Quihubo!

La concurrencia aplaudió; y, un banquero dijo: contamos con que nunca se alejará de entre nosotros. Aureliano—Es un honor para mí, siempre que mis derechos de conciudadano, sean considerados entre vosotros. Ampliamente exclamó el Patrón, y el gran séquito aplaudió ruidosamente. Aureliano sentóse nuevamente ante el piano, cantó una gran ópera acompañándose en él, las gentiles casi se extasiaron de gozo; y, un alto funcionario en voz alta repuso: éste será un fenómeno hechicero. No, repuso la señorita Inés; es el 'Genio

Encantador" No se puede negar dijo un científico.

Eran las dos de la mañana, todo estaba en calma, parecía el Palacio del Patrón, un paraíso encantado.

Aureliano volvió a su casita; y nuevamente cambióse de traje; volvió a su lugar. luego empezó a tocar otro precioso vals, la concurrencia danzó, aplaudió, y luego brindaron abundas copas; renovaron el brindis; las gentiles estaban prendadas de Aureliano, pero la señorita Inés continuaba muy modesta.

Eran las tres. Aureliano se cambiaba de traje sucesivamente; era el "AS" del triunfo que cantaba el amor; y, haciéndose dueño hasta de la palabra, magistralmente dijo: ¡Amor y por tanto, no quiero vivir cual árbol sin flores.....

[Las gentiles se rieron] Los jóvenes aplaudieron, Aureliano se dirigió a la concurrencia y dijo: ¿Mirarían vosotros con agrado un acertijo que determine la dueña de mis amores?

Todos aplaudieron.

¡Cuarenta números y un sólo premio! Aureliano fué muy activo, pues, agarró el número premiado; y con destreza lo puso en las manos de la señorita Inés.....

Sin embargo, brindaron nuevamente; (Reinaba el aliento) y ya sólo escuchaban la armonía sin igual, que Aureliano hacía en el piano.

El Patrón— ¡Vamos al acertijo! Tomó el sombrero donde estaban los números; las gentiles le formaron un círculo; [Aureliano estaba reclinado al piano, muy sonriente.] Todo el séquito estaba en bosqueja; las gentiles comenzaron a entrar las manos en la copa del sombrero, y, todos los números salían: Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! Pelado! y, llegado el turno de Inés, ésta, alegremente dijo: ¡¡PREMIADO!! Aureliano la besò con amor.

F I N

